

## EL ARTE DE ENTENDER LOS NAUFRAGIOS

*La ficción nos une y nos ampara.  
Los cuentos son piezas sustanciales del  
conocimiento humano.  
De la realidad imaginaria todos somos  
deudores, y no parece mal camino, en  
los tiempos que corren, hacer lo posible  
por seguir acreditando la ficción para  
que, al menos, por despiadado que sea  
el despojo espiritual al que nos vemos  
abocados, no nos roben o rebajen los  
bienes de la imaginación.*

**Luis Mateo Díez**

### **La joven del mar**

El señor C ha comprado un apartamento en la costa levantina. Madrid empezaba a atragantársele; una vida demasiado ajetreada para alguien de su edad: sesenta y cinco años pueden parecer muchos más si se vive en una jungla de hormigón y cristal. El señor C es un reconocido escritor que goza de cierto prestigio en el mundo de las letras desde que a los veintidós años publicara su primer libro de relatos *El arte de entender los naufragios*. A partir de entonces, la vida ha sido generosa con él y ha podido dedicarse de lleno a sus dos aficiones preferidas: la literatura y las mujeres. El señor C es tan buen seductor como poeta, sus habilidades con las mujeres siempre han sido trasladadas a sus versos con gran maestría. Margaret, Paula y Clara fueron, por ese orden, sus tres grandes conquistas. Margaret era una mujer luminosa y su disposición para el trabajo no tenía igual. Su dominio del inglés (la madre de Margaret nació en Manchester, y allí pasó prácticamente toda su adolescencia) y sus amplios conocimientos sobre los grandes literatos anglosajones la

fueron encumbrando con los años a la cima del género de la traducción. Rápidamente adquirió gran fama y editores de todo el mundo quisieron hacerse a toda costa con sus servicios. Una inmejorable oferta de empleo provocó que Margaret emigrara a Londres y, lo que en principio iba a ser una visita de un par de meses, finalmente acabó convirtiéndose en una estancia indefinida. Así terminó la historia de Margaret con el señor C. Paula era vegetariana y alcanzaba largos e intensos orgasmos en la cama, dos factores que en principio llamaron la atención del señor C pero que a la larga acabaron por convertirse en dos serios problemas. El señor C vio peligrar su salud física a causa del ritmo demoledor que le había impuesto aquella chica, por lo que decidió abandonarla tras su salida del hospital donde fue ingresado por anemia. Con Clara, la más madura de las tres mujeres, tuvo su única hija. Pero, y muy a pesar de la alegría inicial, el señor C no llegó a poner en práctica su faceta de padre. Clara le abandonó cuando el embarazo alcanzó su quinto mes. Según ella, debido a la escasa atención que él le había mostrado. Al parecer, los compromisos literarios del señor C ocupaban gran parte de su tiempo. Nada más se supo de Clara, tampoco de la hija de ambos. Ni siquiera una foto. Ni siquiera una breve carta. Nada. Los días pasaron.

El señor C entiende la vida de un modo sencillo: largos paseos al amanecer por la orilla de la playa y búsqueda de nuevos versos para un libro de poemas, el último (eso es seguro) de una intensa y dilatada carrera como escritor y, más concretamente, como poeta. El señor C lo tiene fácil, ha encontrado a la persona perfecta en el lugar indicado. Una joven preciosa (con muchas más cualidades, sin duda, pero joven y preciosa ante todo) que le inspira sus poemas. La joven vive en su mismo bloque de apartamentos. Él cree que en la puerta B del segundo piso, es decir, justo debajo del suyo. A menudo coinciden por la playa, cuando el señor C medita la soledad del momento en sus largos paseos y la joven (de nombre Ana) corre y practica su tabla de gimnasia. El señor C está enamorado de Ana. Lo supo un día en el que compartieron el estrecho espacio del ascensor, un viaje que duró desde el bajo hasta el segundo piso. La situación no resultó nada romántica para el señor C, que sufrió como hubiese sufrido cualquier sistema hormonal masculino: una joven, de curvas bien definidas, con un rostro que ya quisieran los ángeles y ese gesto pícaro a la

vez, oliendo a almendros en flor, tan cerca y en un área tan reducida... Por supuesto, se trata de un deseo oculto. Si Ana sabe algo no será porque él se lo haya confesado, sino, tal vez, porque lo haya visto en sus ojos. El señor C triplica en edad a la joven, pero esto no es causa de desánimo, no lo es en absoluto. Un seductor de su talla busca retos. Él busca retos, los ha buscado siempre. Desea este nuevo reto que le ha impuesto el destino. El señor C observa detenidamente a Ana, y le parece que ella es todas las mujeres a la vez, en un solo cuerpo. Cierta día, Ana llama a la puerta del señor C para pedirle una botella de vino. Al parecer, la joven tiene visita. La cosa da que pensar y esa noche, mientras duerme, el señor C eyacula en la cama igual que un adolescente avergonzado. Los días pasan.

El señor C tiene su libro prácticamente acabado, a falta de un último poema que supondrá el punto y final. Sabe de antemano que se trata de un gran éxito. Si bien no se venderán más de unos pocos cientos de ejemplares, pues la poesía no vende, sí que será recordado como un libro imprescindible para la lírica española de la última mitad del siglo XX. A pesar de lo que pueda parecer, el señor C no es una persona vanidosa. Una tarde piensa en Ana: la imagina desnuda en la ducha, con el agua fría escurriéndose entre sus pechos, la piel dorada por el último sol de agosto y los labios carnosos y morados. Y en ese estado de embriaguez sexual consigue escribir el poema definitivo, la perla de un libro magnífico y perfectamente cerrado. El señor C decide bajar a la playa, a su regreso llamará a su editor para comentarle que ya tiene el libro preparado y que puede enviárselo cuando él lo crea conveniente. La luz del verano es generosa en matices al atardecer. El mar está tranquilo. Los últimos bañistas salen del agua envueltos en la espuma de las olas. Y las gaviotas suspenden su vuelo en la ligera brisa salpicada de sal. El señor C regresa a su apartamento con energías renovadas y la mente abierta. Descuelga el inalámbrico y marca un número de teléfono que corresponde a su editor. Pero, antes de darle tiempo a contestar, cuelga. Unos segundos después, suena su inalámbrico. El señor C deja que salte el contestador. Es su editor, le pregunta por qué ha cortado la llamada, y le pide, por favor, que vuelva a llamarle cuanto antes. El señor C tiene pensado no hacerlo. Por el contrario, se acerca a su escritorio y coge el borrador de su libro. La portada anuncia el título de la obra: *La joven del mar*. Hojea las

páginas y relee de nuevo algunos de los poemas. No puede evitar ruborizarse. Todos ellos están inspirados en Ana, incluso la tinta de las letras parece guardar su olor. El señor C abre un cajón de su escritorio y guarda el borrador entre otros antiguos borradores. Quizás no sea una obra que deba publicarse. Resulta extraño, pues hasta entonces no se le había pasado por la cabeza, y, sin embargo, se da cuenta de que Ana es tan parecida a Clara... Es tan parecida, que no podría negar que pudiera tratarse incluso de su propia hija.

### **Café de roma**

Podíamos verle todas las tardes del año, sentado en el mismo rincón del Café de Roma, abstraído del mundo y ocupado en la ardua tarea de escribir quién sabe qué cosas en docenas de servilletas que, apiladas en varios montones, poblaban la superficie de su mesa. Los ojos siempre entrecerrados, el gesto curtido a base de años y derrotas, la mano temblorosa. Nos habíamos acostumbrado a él.

Una tarde, recién llegado de Madrid, decidí pasar por el Café de Roma para curarme el frío con el calor del local y uno de sus famosos cafés irlandeses. Encontré su silla vacía y su mesa limpia de servilletas. El shock fue terrible. En seguida comprendí que había pasado a mejor vida.

### **Luna de miel**

La mujer, un poco mareada a causa de varios bourbon con agua y tres hielos, decide salir a la cubierta del barco. Se acerca a la barandilla y apoya sus manos en ella; el sonido del agua espumosa, recomponiéndose tras el paso del barco, y el tacto frío de la brisa nocturna en su piel, le provoca una sensación placentera y de bienestar. Unos segundos después, se percata de un hombre que la observa a escasos metros. La oscuridad que reina en alta mar no es suficiente para encubrir la mirada seductora del hombre y ese gesto varonil que compone su rostro, además del porte

en su figura y la elegancia en su forma de vestir. La mujer le saluda, levantando delicadamente una de sus manos, y el hombre tuerce una sonrisa cómplice. Las olas parecen haberse callado. Ahora la brisa es cálida, y la luna dibuja un claro sobre los hombros desnudos de la mujer. La energía fluye en la mirada silenciosa de ambos. Entonces, una segunda mujer (esbelta, cabello recogido, vestido largo con brillos y zapatos de tacón de aguja) aparece en la cubierta rompiendo la magia del momento. Se acerca hasta el hombre con aire imperioso y, tras besarle en la mejilla, lo coge de la mano y lo arrastra al interior del barco. Cierta sensación de pesadumbre se aloja en el pecho de la primera mujer, que observa la escena con impotencia. Vuelve a sentir frío. Alguien le pone una chaqueta sobre los hombros. Ella se gira y encuentra a su marido sonriendo, con esa sonrisa de siempre. Y todo vuelve a la normalidad más absoluta.

### **El inmigrante**

Tenía la mitad de su cuerpo dentro del contenedor. Las manos se escurrían gráciles entre la basura. Rozó algo, un objeto de formas llamativas, quizá cualquier cosa que pudiera tener un mínimo de valor. Se incorporó. La última luz de la tarde roía sus ropas. Americana y pantalón grises, de corte inglés. Bombín, igualmente gris, igualmente roído. Zapatillas de tela negra excesivamente ligeras. Piel dura, tostada como el café. Nacido en Mozambique, o en Angola, o en Ruanda. Quién sabe. Inmigrante.

El hombre que vivía en la casa de enfrente lo había estado observando. Se había acercado. Le había estado preguntando:

¿Qué buscas?

¿Tienes familia?

¿Cuánto hace que no comes?

¿Quieres comer algo?

Dime, ¿qué te traigo?

El inmigrante había contestado, como bien pudo, en un mal castellano:

Sobrevivir.

Sólo mis manos, pero ya son viejas.

No recuerdo, lo sabré la próxima vez que coma.

Bueno.

Como de todo.

El hombre corrió hacia la casa. Se cruzó con su mujer delante de la puerta. Él quiso hablarle, quiso explicarle. Ella le miró a los ojos profundamente. Dijo todo lo que tenía que decir ante aquella situación sin necesidad de soltar la lengua, sin despegar los labios. Aquel extranjero era negro. Rebuscaba entre la basura, seguramente olería mal. Vestía raro. Ahora ese tipo ya conocía cuál era su hogar, y eso a ella no le hacía ninguna gracia. Un día de estos entraría a robarles, eso seguro. Y todo gracias a su marido. Quién era él. Es que nunca iba a aprender nada. ¿Nunca?

El inmigrante seguía manos a la obra. Miraba detenidamente aquel objeto. Su hallazgo no era otra cosa que una vieja radio destartada. La antena estaba partida en dos, los altavoces rayados, había perdido la rueda de sintonizar las emisoras y, además, estaba manchada de un extraño producto viscoso y de color verde. No tenía pilas. Definitivamente, era una radio asquerosa. Y fea. Pero quedaría muy bien adornando su improvisado salón.

El hombre apartó a su mujer con brusquedad. Ya estaba harto. No iba a aguantar más sus desprecios, sus incomprensiones, sus apatías, sus desplantes ni sus gestos. Y aún menos su mirada, con la que siempre parecía querer envolverlo en una aura de amargura. No, lo tenía muy claro. ¿Quién se había creído que era ella? ¿Quién? ¿Es que nunca iba a aprender nada? ¿Nunca?

Se puso a buscar rápidamente. Lo primero que abrió fue el armario de su alcoba. Todo estaba perfecto, bien doblado. La ropa desprendía un olor agradable. Después de una buena ducha se pondrá uno de estos jerséis. No parecerá el mismo. Éste. Éste que es rojo y le va a favorecer. Sí, éste. Lo había comprado

ese mismo año en una de las tiendas más elegantes de la ciudad. Sin duda había sido una buena elección. Quizá le vendrá un poco corto de mangas, el inmigrante era un tipo bastante alto. Había olvidado preguntarle su nombre.

Cogió después una camisa de seda blanca y unos dockers claros. Cinturón de cuero. El marrón, que era más bonito y hacía juego con aquellos zapatos que guardaba en la estantería del garaje para las ocasiones especiales. Calcetines. Algo de ropa interior. Desodorante. Dos, por si acaso. Perfume. ¿Tenía pelo? El bombín no le había ayudado a darse cuenta de ello. Un peine, también por si acaso.

Metió todo en una bolsa grande. Le hará falta cuchilla y espuma de afeitar. Bien, ya está. Fue a la cocina. Abrió el frigorífico, estaba lleno de comida, comida que no probaba desde hacía siglos por culpa de la dichosa dieta. Hizo unos bocadillos de jamón y de paté de pimienta. Los envolvió en papel de aluminio. Cogió una manzana, una pera y una naranja. Y un plátano. Dos cajas de zumo de multifrutas, era su preferido. Otro plátano, pensó que la fruta era sana.

Cargado de bolsas, dejó atrás la cocina y corrió los cuatro metros que tenía el pasillo. Abrió la puerta y salió a la calle. Se detuvo. Volvió a entrar. Se dirigió al baño y, de la repisa que había al lado de la ducha, cogió una esponja, un frasco de gel y otro de champú.

Antes de salir de nuevo a la calle, su hijo menor le lanzó una pregunta desde la habitación del fondo:

¿A dónde vas, papá?

A crecer como persona, hijo.

La puerta se abrió y el hombre salió, como una exhalación, cargado de bolsas.

Pasó al lado de su mujer. Ella no articuló palabra. Él hizo eco de su silencio. Por fin había logrado apartarse de encima algunos espíritus. Había dado un golpe de autoridad sobre de la mesa. En verdad, debería haberlo hecho hace tiempo. Ahora se sentía bien. Ahora iba a ocupar el lugar que le correspondía

en aquella casa. Un lugar desde el que opinar, con derecho a voto en los problemas y quehaceres cotidianos.

El sol se derramaba sobre el horizonte. Había tardado cinco minutos solamente en recoger todas aquellas cosas de la casa, pero en esa época del año el día avanzaba rápido, moría rápido por el oeste.

Las bolsas pesaban en sus manos, era normal, había cargado demasiadas cosas: ropa, comida, enseres para el aseo... En fin, ahí estaba él, llevándole lo mejor, ofreciéndole calidad humana. Era una sensación grata la que emanaba desde dentro de su cuerpo. Una sensación cálida. Respiró profundamente. Varias veces, además. Quería alimentarse bien de aquella sensación antes de que pudiera apagarse.

Cuando llegó al contenedor encontró restos de basura esparcidos por el suelo. Las primeras pinceladas de la noche manchaban de sombras algunas bolsas y objetos que habían sido amontonados a ambos lados del contenedor. El hombre lo rodeó. Miró hacia un lado. Después, hacia el otro. Ni rastro del inmigrante. Tan sólo unas huellas en la fina capa de tierra sobre las que el sol quiso cerrar, con leve suspiro, el último destello de la tarde.

### **La quinta carta**

Le he escrito cartas de amor. En principio, pensé en escribirle tan sólo una. Después, me di cuenta de que mi amor por ella no cabía en un espacio tan reducido, y tuve que escribirle otra. Comprendí, entonces, que había dejado ciertas cosas sin explicar, pequeñas lagunas, y decidí ponerme manos a la obra y escribirle una tercera. Claro, tuve la desgracia de no hallar las palabras que buscaba, y no logré expresarme como yo hubiese querido. El resultado de aquella carta no fue el esperado, demasiado confuso todo. Me supo mal cerrar aquel capítulo de cartas de manera tan mediocre, por lo que quise probar suerte con una nueva y definitiva carta. El inicio de la misma era bueno: escritura fluida y palabras



conmoveras sin parecer demasiado cursi; lo que siempre asegura una lectura placentera. Pero el final parecía un adiós tajante, y eso no era lo que yo quería, más bien pretendía que la carta hiciese las veces de presentación, que me allanara el terreno antes de dar la cara y jugarme el todo por el todo. Una quinta carta, perfecta, conmovedora, bien presentada, llevó a los ojos de la chica todas mis esperanzas y mis palabras más lúcidas. Por fin, el pozo estaba seco. Me había vaciado de amor literalmente.

Desde una esquina próxima a su casa, y sin ella sospecharlo, vi comoabría el último de los sobres, aquel que contenía la quinta y última carta. Observé sus ojos grises nublarse de lágrimas, el tibio silencio de la expectación vuelto llanto desconsolado, la alegría de vivir en un cuerpo roto por la emoción de unas palabras recién leídas, el folio palpitando contra su pecho al ser abrazado como al galán que ella imaginaba escribiendo sus cartas.

En ese momento, y sin pensarlo demasiado, di un giro y corrí calle abajo. Jamás la volví a ver. Jamás.

La decisión de ser escritor surgió mientras redactaba aquellas cartas, y se asentó en mí al comprobar las reacciones de ella. Y eso, en verdad, se lo tengo agradecido. Lo demás, qué importa. Es sólo una historia entre tantas.

## **El recuerdo**

*Respiré hondo, sentí como el aire acariciaba mi garganta hasta llenarme los pulmones. Después lo expulsé por medio de una gran bocanada. Apoyé las yemas de los dedos contra el suelo, flexionando una de mis piernas y estirando la otra hacia detrás, adoptando la posición perfecta. El piso de asfalto estaba caliente, casi quemaba, ¿o era yo el que ardía? Una gota de sudor resbaló por mi frente y cayó, fue a morir entre alquitrán. Dejé la mente en blanco. Esperé, con los cinco sentidos alerta, el momento oportuno, la señal que me haría incorporarme con una explosión de mi cuerpo. Intenté relajarme pero fue inútil, mis piernas temblaban. Detestaba sentir aquella mezcla de angustia y nerviosismo. No obstante, era necesario y*

*yo lo sabía. Permanecí así unos segundos. ¿O fueron minutos? No lo sé. Sólo sé que aquel momento llegó. Todos mis músculos se tensaron entonces como un duro bloque de piedra. Sentí aquella explosión que inundó por completo el interior de mi cuerpo, en un baño de adrenalina, y emprendí la veloz carrera que concluiría dándome la mayor de las glorias o el peor de los fracasos. Las primeras cuatro o cinco zancadas fueron rígidas, pero enseguida comencé a acariciar el piso con la punta de los pies. Hubiera jurado que volaba. Realmente, yo no era el único que corría, no estaba solo. Había otro, un rival veloz que se esforzaba por llegar antes que nadie. A unos metros del final creí que lo conseguiría. Ese fue mi error. Mi rival aullaba, y llegó cortando el viento como una auténtica bestia. . .*

– ¡Eh tú, estorbas! ¡Apártate de ahí!

La voz de aquel desaprensivo me hizo regresar al presente. Había estado un buen rato recordando aquella tarde de verano, sin darme cuenta de que yo y mi silla de ruedas permanecíamos en medio de la calzada interrumpiendo el paso. Dirigí mi silla a un lado para orillarme.

– ¡Inútil! – dejó caer aquel hombre, sin paciencia ni escrúpulos, cuando pasó junto a mí.

He de decir que me gusta el deporte. En el pasado, me encantaba correr y me entrenaba a diario con ilusión para llegar a ser uno de los grandes. Quería ser rápido, y aquella maldita tarde de verano decidí medirme al más veloz de todos. El ferrocarril pasaba cerca del pueblo, bordeándolo y cruzando la carretera principal por medio de un paso a nivel. Yo me alejé unos cien metros del lugar y esperé a que aquella bestia apareciera por la curva que trazaba la vía, justo antes de la gran recta que contenía el paso a nivel. Cuando lo hizo, corrí hasta el paso para atravesarlo antes que el ferrocarril. No pudo ser. Salvé la vida, sí, pero hoy mis piernas son unas ruedas, y con ellas no puedo acariciar el suelo como antes lo hacía con la punta de los pies.

Dicen que siempre queda el recuerdo. En mi caso, así es, pues nunca más volveré a volar.